

TIEMPO, HISTORIA E HISTORIOGRAFIA: HACIA LA ORIGINALIDAD DEL
CERCANO ORIENTE ANTIGUO.

Por la profesora:

Ana Fund Patrón de Smith

La cuestión de la originalidad del Cercano Oriente Antiguo se amarra en la más amplia de la especificidad de las culturas.

¿Cómo discernir las pautas elegidas voluntariamente de las resultantes de condicionamientos más o menos laxos o de un determinismo casi ineludible? ¿Cómo analizar y explicar culturas desdeñosas de la naturaleza y triunfantes sobre un medio hostil o, por el contrario, la desaparición muda de desarrollos promisorios?

Apelo a la historia y por ende al tiempo pues creo que es en la intersección de tiempos y culturas que éstas se moldean con rasgos peculiares, irrepetibles, únicos. Y ya que la historia de una sociedad no sólo se traduce en procesos sino en su percepción de dichos procesos, percepción del pasado que carga a sus espaldas y le sirve para reconstruir y que, escrita, suele llamarse historiografía, revisaré la idea del tiempo y la historiografía en el Cercano Oriente Antiguo y su vinculación con el proceso histórico.

Resulta de aquí la tesis de este artículo: la historiografía como producto original del Cercano Oriente Antiguo, ligada a una original concepción del tiempo y del pasado.

Desde siempre el tiempo ha sido alternativamente sobrestimado, desvalorizado, exaltado, relegado, priorizado, negado pero, en definitiva, siempre provocador para las diferentes ramas de la ciencia occidental.

Actualmente está siendo reivindicado por las ciencias pioneras en abrir nuevos caminos al saber, hacia el conocimiento, tanto en lo referente a su esencia y posibilidad como a la metodología adecuada para alcanzarlo y al cambio inherente y trascendente al proceso de conocer; el tiempo así redimido se ha instalado en el centro mismo del conocimiento.

Por tratarse aquí solamente de una aproximación general

a la idea del tiempo, la historia y la historiografía en el Cercano Oriente Antiguo, no puedo explayarme más sobre este supuesto teórico-metodológico de un estudio más amplio encarado con un equipo interdisciplinario de investigadores de ésta y otras universidades argentinas y extranjeras (1). No obstante, debo señalar que el tema se ha vuelto muy complejo a partir del diálogo entre los hombres y con el mundo que habitan (2) y el diálogo entre las ciencias de todo lo que vive o ha vivido y las que, luego de siglos de explicar sistemas "en equilibrio", tuvieron que aceptar el ingrediente de un tiempo irreversible -la flèche du temps- (clásicamente invertida, en apariencia), escapar del cómodo regazo de la causalidad, aceptar la posibilidad del azar ya no simplemente secundando a la necesidad (3) sino como organizador, disolver oposiciones innecesarias -cuando no falsas- entre sujeto y objeto, entre idea y realidad (4).

El tiempo ha sido rescatado -o está en camino de serlo-. Pero no un tiempo mensurable, ni fatal, ni único, sino un tiempo azaroso, múltiple, de porvenir abierto. ¿Cabría la posibilidad de un pasado abierto?

Seguramente.

El rescate del tiempo por la biología molecular y la físico-química que, inexplicablemente aún no conmovió debidamente a los científicos sociales -con excepciones- (5), merece una reflexión desde la historia: el tiempo, como dimensión histórica, no constituye una estructura independiente pero sí una instancia, diacrónica, organizadora y proveedora de significación a otras instancias -más o menos sincrónicas-. En la intersección de ambos tipos de instancias descansa la estructura histórica de cada sociedad.

En cuanto a la forma de incidencia de esta instancia temporal, no parece ser monolítica y lineal sino más bien plural y discontinua. Como un río de llanura: se retuerce

en meandros que, a veces vuelven a confluír, a veces se alejan para desembocar separados, o simplemente se disipan, pierden y desaparecen. Esta imagen representa para mí la imposibilidad de captar en su totalidad y en movimiento el juego de los dos tipos de instancias: el agua, como el tiempo, es una y muchas, la misma y otra, según distintas perspectivas. Pero es innegable que estructura todo el paisaje.

Conviene ahora distinguir el proceso o historia que transcurre, de su percepción y transmisión oral, o escrita -en este último caso también llamada "historia"- . Ambas son interdependientes, se conectan y se influyen recíprocamente; la percepción del proceso, su pensamiento y transmisión dependen del mismo y a su vez pueden afectarlo, en una retroalimentación constante que supongo inevitable.

La narración oral o escrita de acontecimientos históricos, o no, presentes o pasados, constituye un mensaje cuya forma, contenido y significaciones varían, como en todo mensaje, según los intereses del emisor y del receptor.

Entre los que desde el Cercano Oriente Antiguo han llegado hasta nosotros, muchos fueron escritos después de siglos de circular oralmente; son relatos míticos, religiosos, legendarios, épicos (5); otros, como veremos más adelante, nacieron escritos.

Los primeros (mitos, leyendas, etc.) provienen de la transmisión oral -de generación en generación- de creencias, tradiciones, recuerdos de hechos pasados, como hazañas, catástrofes, a veces de características fundacionales, en fin, saberes almacenados desde épocas remotas en la memoria colectiva de los pueblos, seleccionados y articulados en la conciencia de cada integrante del grupo social, conformando una representación común, compartida por todos, que los cohesionaba y permitía reconocerse como grupo.

Si bien conocemos estas composiciones gracias a la es-

critura, lo cierto es que no la necesitaban para ser lo que eran o significar lo que significaban: lo importante de mitos o leyendas es que se haya creído en ellos al punto de movilizarlos tras ellos. Aquí reside su justificación, y también la razón de que los conociéramos en algunas de sus versiones.

Cuando en el Oriente el poder estatal se institucionalizó por sobre las comunidades agrícolas o pastoriles, lo hizo emitiendo nuevas y desconocidas señales de su existencia: fuentes escritas. La escritura apareció acompañándolo y sirviéndolo. La fuerza de mitos y epopeyas fue tempranamente reconocida por el estado, que "congeló" algunos en versiones de la época o reelaborándolos para utilizarlos en beneficio propio.

Pero no fue lo único -ni siquiera lo primero- que se escribió.

La nueva institución necesitaba formas nuevas de expresión, ahora escritas.

La "novedad" por excelencia fue la historiografía, y en ella incluyó documentos administrativos, listas reales, anales, crónicas, leyes, textos religiosos, rituales, etc. Y también mitos, epopeyas, etc. pues hasta una vieja leyenda, escrita e incorporada por el estado a la historia oficial, adquiría nuevo valor.

Las significaciones que el emisor de un mensaje espera despertar en él, o en los receptores, así como las características del emisor, comandan la forma del mensaje, en este caso, de la historiografía al servicio del estado.

Columna vertebral de las nuevas sociedades, el estado absolutista es también amo del tiempo, señor de causas y efectos que se eslabonan en un tiempo lineal y único: el suyo. Esta concepción del tiempo desde el estado se adueña de

la historiografía, que periodizó desde la nueva óptica: años de reinado, dinastías, eras de hegemonía alternativa de ciudades-estados, sucesivas campañas militares, etc.

El mensaje de la historiografía no era espontáneo ni casual: era el resultado de intentar presentar el pasado fijando ciertos hechos en una perspectiva favorable al estado, o glorificadora del mismo o de modo que sirviera de apoyo o fundamento para encarar medidas por él propiciadas; cumplía una función propagandística del poder. De manera que la historiografía nació como objetivación escrita de las relaciones de dominación establecidas por el estado, entidad supra-comunal que se diferenció del resto de la sociedad para dominarla, o establecidas por un pueblo sobre otros, y justificando dichas relaciones.

El quehacer historiográfico requería una elaboración intelectual cuidadosa, para la que el estado contaba con recursos.

Pero, y aunque es tema de otro artículo en el que estoy trabajando, me pregunto si habrá sido tan necesaria para el estado tal justificación, o si, por el contrario, es dable suponer que el haber alcanzado de hecho esa nueva situación, prominente, no constituyó de por sí justificación suficiente. En este caso, una necesidad de justificación podría resultar de la lucha por el poder entre distintas "facciones" dentro de la órbita del estado. Y el carácter propagandístico de la historiografía se agotaría en el círculo limitado de la corte real.

O bien, aunque difícil probarlo, habría que aceptar que mediante la historiografía el estado enfrentaba, con armas ideológicas, a comunidades -al menos ideológicamente- rebeldes, o no tan "incondicionalmente" dispuestas a aceptar una nueva representación social. Para este supuesto, el problema radicaría en demostrar los reales alcances de la obra histo-

riográfica.

Pienso, y ahora desde nuestra óptica actual, que la historiografía actuó como un prisma de cristal que luego de filtrar y descomponer el imaginario de las sociedades, seleccionó ciertos "reflejos" (8) y los recompuso convenientemente a los fines del estado: ya no se trataba del imaginario original, del que conservaba algo, sino de uno ad hoc, que reflejaba relaciones de dominación triunfantes, escondidas tras una representación ahora "compartida" por dominadores y dominados, estructurada en torno a una nueva idea del tiempo: el tiempo del estado.

Lo expuesto surgió de muchos años de manejar las fuentes; ahora seguiré el camino inverso, tratando de aplicar mis anteriores conclusiones a las fuentes.

Con algunas excepciones (la Lista de reyes sumeros, los libros bíblicos de Jueces, Samuel y Reyes), no incluye el análisis de fuentes estrictamente "históricas" -anales, decretos, crónicas, listas- que, originadas en archivos y escuelas reales, nacieron con la nueva impronta; he preferido comentar textos míticos, o legendarios: las ediciones que de éstos nos han llegado, proceden de los mismos archivos y escribas pero resultaron de recomponer intencionalmente materiales no necesariamente relacionados con el estado -incluso anteriores a él-, de modo que sirvieran a sus intereses. Para mí esto ya constituye historiografía.

HISTORIOGRAFIA Y TIEMPO

El tiempo de la historiografía del Cercano Oriente Antiguo es, como el del estado, lineal y único; el mismo que heredó o seleccionó la historiografía occidental.

Se diferenciaba del tiempo supuestamente cíclico de la naturaleza.

Y precisamente si algo hubo de nuevo en el Oriente estatal que luego captó Occidente, fue esa primera insistencia en contrastar lo impuesto con lo espontáneo (9), quizás re-

Flejo del acto fundacional de la dominación; así el estado fijó su impronta en la historiografía.

El Poema Babilónico de la Creación fue compuesto en acadio babilónico en el siglo XVIII a.C., para acompañar, fundamentando y justificándolo, el dominio que Hammurabi, rey de Babilonia, había concretado sobre la Mesopotamia. Utilizando elementos de viejos mitos súmeros, los escribas babilónicos consiguieron dar una imagen del caos anterior a la aparición del dios Marduk de Babilonia, quien luego creó y organizó un mundo que ya no sería libre de elegir su curso sino que giraría en torno al engrandecimiento de Babilonia. Y esto a pesar de tratarse de un mundo aún habitado por dioses. He aquí la fuerza opresora del estado: es evidente la correspondencia sugerida entre Hammurabi y su dios Marduk, desde entonces patrono del estado mesopotámico.

Además, si antes de Marduk el tiempo se presenta cíclico, repetitivo -hay más de una creación del mundo-, luego de su aparición, se alinea unidireccionalmente, irreversible.

¿Por qué esta nueva impronta?

Porque el estado fue algo cuantitativamente nuevo: no el resultado de una suma de comunidades y sus respectivas costumbres, creencias, tiempos locales.

En La Realeza descendió del Cielo o Lista de reyes súmeros, compuesta en sumero a principios del segundo milenio a.C., sólo hay un ejemplo: aparecen, una tras otra, mencionadas distintas ciudades-estado súmeras con sus gobernantes, sin tenerse en cuenta que no todas fueron hegemónicas, que se suman años de reinado paralelos, es decir, se confunden gobernantes locales y "nacionales".

Como la fuente fue elaborada en escuelas de escribas, por funcionarios estatales, éstos no podían aceptar, y fijar por escrito que esos gobernantes no habían reinado sobre to-

do el país: estaban "ideológicamente" incapacitados para comprender los sincronismos pues sólo un tiempo era para ellos relevante: el de los reyes, es decir, el del estado. Es así que sumaban tiempos "locales", pero en la columna diacrónica y única del estado y no en la sincronía plural de las comunidades.

Uno podría preguntarse por qué los hebreos no actuaron del mismo modo al elaborar la cronología paralela de los reinos de Israel y Judá en el Libro de los Reyes del Antiguo Testamento, de la primera mitad del primer milenio A.C.

Y yo adelantaría -porque el tema da para mucho más- que en ese caso, los redactores estaban convencidos de contar con un mismo tiempo, de un único dios, para dos reyes. Esta percepción sincrónica no había sido aún alcanzada por ellos cuando se fijaron las tradiciones y recuerdos presentados en el Libro de los Jueces, tradiciones locales, anteriores a la constitución de la monarquía, es decir anteriores a la unificación, pero que se anudaron linealmente. Como en la lista sumera, cuando fueron escritas en los primeros tiempos de la monarquía. Y es que en esos primeros tiempos estatales debió ser más digna de destacar, por lo necesaria, la unidad "física", social, que la religiosa.

¿Por qué la impronta estatal no afectó, o no fue adoptada por las comunidades? Al menos, no tenemos datos de ellas.

Supongo que porque no la necesitaban: les era ajena.

Así como la savia vital de las comunidades corría por los canales del parentesco, el estado había establecido, o tejido, otra red de vínculos, nueva, distinta: eran vínculos públicos, burocráticos, impersonales. Del mismo modo, la significación propuesta por la historiografía estatal no impactó a las comunidades que, si bien ahora explotadas a través de la obligación de tributar en especie y en prestaciones

personales al palacio, seguían manteniendo su antiguo ritmo de vida con la espalda encorvada sobre los sembrados, o mirando al cielo en busca de nubes de lluvia.

En la Leyenda del rey Keret, fuente ugarítica de mediados del segundo milenio a.C., súbitamente se interrumpe el relato de las vicisitudes del rey Keret, y, en un estilo totalmente diferente por su cadencia, se describe a los aldeanos esperando las lluvias: representa un instante fugaz dentro de la duración del relato, pero creo que la forma general es muy representativa de la diferencia entre el tiempo del estado y el de las comunidades y de la fuerza del primero frente a las otras.

Excepto ese breve intervalo, el resto del texto gira en torno al rey, que aparece celebrando un ritual propiciatorio de fecundidad, como interlocutor de las divinidades, para asegurar la prosperidad del país; luego, una repentina enfermedad real puede asociarse a la posibilidad de sequías y hambrunas para todo el reino; finalmente todo se soluciona.

Hay elementos suficientes como para pensar que en la base histórica de este relato, hubo un cambio de dinastía que habría sido legitimado mediante el mismo.

HISTORIOGRAFIA Y PROCESO HISTORICO

Dijimos que el primero en escribir fue el estado y lo hizo para y sobre sí mismo. Esta tarea se manifestó en diferentes formas: en cuanto al relato del pasado, creo que las primeras formas -las más antiguas que nos han llegado- dependen estrechamente de los procesos históricos -o prehistóricos- particulares que culminaron en el estado, configurando las concepciones cristalizadas en dichos relatos.

Desde mi punto de vista, parece necesario distinguir al

Antiguo Egipto del resto del Cercano Oriente Antiguo.

Los primeros relatos egipcios que de alguna manera tratan el pasado (aún sin ser ésta su finalidad), los "Textos de las Pirámides", se inscribieron en tumbas reales desde la Quinta Dinastía, incluyendo textos míticos, legendarios, culturales (= rituales), etc. Sus protagonistas son dioses. En cambio, los primeros relatos de episodios de épocas remotas provenientes del Cercano Oriente asiático, son protagonizados por hombres, a veces impulsados por dioses.

EGIPTO

Es interesante uno de los Textos de las Pirámides conocido como el Himno Caníbal (10), en que aparecen identificados el dios supremo Horus y el rey Unis quien, al "morir", se dirige al cielo donde devora a los otros dioses para apropiarse de sus poderes. Puesto que el primer título histórico de los reyes egipcios fue el de "Horus", mediante esta "teofagia" se fundamentaría groseramente como dirían algunos egiptólogos europeos que relacionan grosería con prehistoria y se justificaría la superioridad del rey-dios frente a los jefes tribales o comunales prehistóricos, que también habían ostentado cierta calidad divina (11): históricamente sólo el rey fue considerado un dios en el mundo terrenal.

¿Por qué ese dios-rey, o dios-jefe tempranamente establecido en la parte ideal de lo real (12), que en otros desarrollos étnicos africanos actuales también se encuentra?

Yo no lo explicaría en términos de causa-efecto, sino simplemente creo que la fuerza del pensamiento merece figurar junto a la de la naturaleza segura y tranquila en que se desarrolló la civilización egipcia, en una geografía resguardada de las grandes migraciones -por tanto, de las guerras- por desiertos y mares, y confiable gracias a la crecida regu

lar del Nilo. No habrá resultado difícil pensar un dios conductor de un destino eterno, en Egipto.

En este contexto, tampoco hubo épica; no era útil presentar como héroe a quien era mucho más: un dios.

CERCANO ORIENTE ASIÁTICO

Aquí predominaron los relatos de luchas protagonizadas por hombres, en algunos casos obedeciendo mandatos divinos. La figura central de estos relatos es el rey, es decir, el jefe de estado, figura que se agranda en la historia oficial hasta adquirir las características de héroe -nunca más que eso- especialmente en Mesopotamia: allí nace la épica.

El rey más recordado por sus hazañas fue el sumero Gilgamesh de Uruk, de la primera mitad del tercer milenio a.C. (13), a través de diferentes textos que terminaron recopilados en acadio en la Epopeya de Gilgamesh (primera mitad del segundo milenio a.C.). Lo interesante de esta composición es que lo "inmortalizó" no sólo en su condición de héroe guerrero y aventurero, sino también en su amargo descubrimiento de que no lograría escapar nunca a la condición de mortal (14).

La historia impidió, incluso a los escribas reales, que se divinizará a quien era visto morir en la batalla junto a muchos más, a quien podía resultar impotente frente a una geografía insegura por la falta de fronteras, o por la irregularidad de los fenómenos naturales. El estado nació en el Asia occidental, y creció, luchando contra hombres y naturaleza. Fue glorificado en relatos épicos: también los Anales asirios y otras inscripciones lo son.

Los textos que primero escribieron los heteos en Anatolia o los hebreos en Palestina, relatan su conquista del te-

ritorio: conquista militar, asimilación, adopción de una organización estatal pre-existente. Me referiré sólo al caso heteo, pues la Biblia merece un capítulo aparte (15).

El Edicto de Telepinu (15) es una fuente hetea de mediados del segundo milenio a.C. -fines del Reino Antiguo Heteo-. Relata la conquista de Anatolia por ese pueblo. Los protagonistas son hombres, conducidos por jefes humanos, con motivaciones humanas, sin interferencia de fuerzas sobrenaturales o divinas. Fue elaborada para dar a conocer y justificar la Ley de Sucesión que convertía a la monarquía en hereditaria para terminar con el derramamiento de sangre propio del anterior sistema electivo.

Dicho sistema había imperado desde el comienzo de la conquista, de ahí que gran parte del contenido del relato es bélico. No es, sin embargo, una obra épica: ¿habrá sido difícil para los escribas heteos transformar en hazaña algo tan familiar como la victoria en la guerra? Quizás la enorme superioridad militar que les permitió conquistas rápidas, aplastantes, dejó esa impronta en la conciencia colectiva de los heteos.

Pienso que tal rapidez se refleja en el hecho de que los heteos separaron nítidamente lo humano de lo divino, sin pasar por la épica -a mitad de camino-. Cuando presentaron otra visión de la conquista lo hicieron a través del mito, con protagonistas decididamente divinos: conscientemente se apropiaron un antiguo mito de los hurreeos por ellos dominados, y lo recompusieron en la llamada Teogonía hetea o la Realeza divina (17), donde proyectaban su conquista terrenal, en un mundo de dioses.

Creo que en el caso heteo, la historiografía sirve primero a un pueblo conquistador que rápidamente viste un vestido ajeno tomado en el botín: la monarquía oriental hereditaria es el vestido, hecho por otros, y al que los heteos adorarán a su manera (18).

He utilizado en esta parte del trabajo, narraciones que fueron objeto de reelaboraciones varias, porque en ellas se hace más evidente su utilización por el estado, y como tales las incluyo en la historiografía.

En conclusión, creo poder afirmar -por el momento- que la historiografía nació en el Cercano Oriente Antiguo, porque la historia es una categoría del Cercano Oriente Antiguo: escrita por minorías burocráticas para su jefe, el estado; pese a involucrar a toda la sociedad, se alineó en un tiempo único y construyó su significación desde una óptica, ambos del estado.

Maduró en la Antigüedad Clásica y perduró en Occidente, asociada a intereses estatales o de otras instituciones con pretensiones de dominación semejantes -la Iglesia, por ejemplo-.

Pero sus formas han cambiado.

* * *

NOTAS

- (1) Universidades nacionales: del Comahue, Buenos Aires, Luján, Rosario, del Centro, Córdoba y el Colegio de México.
- (2) Prigogine, Ilya - Stengers, Isabelle, La Nouvelle Alliance. Métamorphose de la Science. Gallimard, 1986, P. 432.
- (3) Monod, Jacques, Le Hasard et la nécessité. Editions du Seuil, 1970, pp. 141 y ss.
- (4) Prigogine - Stengers, Op. Cit.; passim.
- (5) Supongo que Maurice Godelier es una de ellas, cuando en La Producción de grandes hombres, Akal, 1986 (original en francés de 1982), pág. 267 escribe: "... toda sociedad posee un pasado que la desborda en su presente y que impide que se la pueda comprender mediante las mismas condiciones actuales de su existencia".
- (6) Utilizo, por comodidad, anacrónicamente, la posterior clasificación griega de los géneros literarios.
- (7) Las versiones del mito son, en potencia, infinitas.
- (8) Godelier, Maurice, Op. Cit., pág. 272.
- (9) Habría que rever la idea de que la génesis de la ciencia y la razón están en Occidente.
- (10) Aunque este tipo de texto puede remontarse a la prehistoria, esta versión fue encontrada en la pirámide del

rey Unis, de la quinta dinastía. Hay una traducción al castellano del Dr. Abraham Rosenvasser en: RIHAO 3, 1976, pp. 47-49.

- (11) A la luz de la etnografía africana actual, la consideración divina de los jefes tribales prehistóricos de la región del Nilo parece admisible.
- (12) Godelier, M., Op. Cit., pp. 270-272.
- (13) Hay pruebas de su existencia histórica alrededor del 2600 a.C.
- (14) Hay una traducción y comentario del Dr. A. Rosenvasser en su libro La poesía amatoria en el Antiguo Egipto, Bajel, 1945, cap. "La narración de aventuras en el Antiguo Oriente", pp. 60-70.
- (15) Estoy tratando el tema en mi Tesis de Doctorado, en curso en la Universidad de Buenos Aires.
- (16) Hay traducción castellana en la Serie Fuentes del IHAO, Fuente Hetea N° 7.
- (17) Hay traducción castellana en la Serie Fuentes del IHAO, Fuente Hetea N° 4.
- (18) Una nueva forma de historiografía, una nueva concepción del derecho internacional y de la religión, son algunos de los nuevos adornos.

LISTA DE ABREVIATURAS

IHAO: Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. A. Rosenvasser" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

RIHAO: Revista del IHAO. Volúmenes aparecidos: 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

* * *

